

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio.

PROPIETARIOS

VIUDA É HIJOS

DE

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

FUNDADOR

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Río de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.^a—AÑO III.

Madrid 21 de Enero de 1879

NÚMERO 27

SUMARIO

TEXTO. — Los grabados, por V. — Revista, por V. P. Nulema. — La España que se va, por D. Gabino Tejado. — El sol eclipsado, por E. Sanchez Fuentes. — Crítica histórica, por D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe. — Poesías alemanas, por D. Ramon Garcia s. j. — Don Manuel Gonzalez Riaño (necrología), por D. Manuel Marañón. — La verdadera ciencia, por D. Ramon Segale. — Vida del Beato B. José Labre, por D. C. S. B. — El Castillo de Terciopelo, novela de Paul Feval, traducción de D. Balbina Antúnez. — Novedades artísticas, por M. — Potigrafía. — Jeroglífico.

GRABADOS. — Retrato de D. Manuel Gonzalez Riaño. — El Beato Labre. — Covadonga.

LOS GRABADOS

Retrato de D. Manuel Gonzalez Riaño.—(Véase el artículo necrológico que dedicamos á este malogrado escritor).

El Beato Labre.—La lámina que reproducimos, abierta en acero, es la que precede á las ediciones francesa y española de la *Vida admirable del beato mendigo y peregrino Benito José Labre*, por Leon Aubineau. (Véase lo que acerca de este libro decimos en otra parte.)

Covadonga.—¿Qué corazón verdaderamente español no late de entusiasmo al escuchar esta palabra? Por eso, al realizar el pensamiento de publicar y vulgarizar los monumentos nacionales, hemos creído de nuestro deber reproducir la vista de Covadonga, que acompaña á este número.

Esta gloriosa cuna de la reconquista española se halla situada en el principado de Asturias, no lejos de Cangas de Onís y en término de Riera. El terreno es frágil y de aspecto imponente por las proporciones gigantescas de sus montañas y peñascos: abunda, sin embargo, la vegetación, que cubre y hermosea las inmensas rocas. Al pie de la famosa cueva donde se apareció la Virgen, ocurrió la tremenda lucha que decidió en cierto modo del porvenir de España.

D. Alonso I fundó en Covadonga una colegiata que confió, según la opinión más probable, á monjes benedictinos, aunque algunos dicen haber sido canónigos regulares de San Agustín. Como en el archivo no existen documentos anteriores al siglo XVI, se ignora la época de la secularización del monasterio: por este tiempo se sabe que ya no existían canónigos en Covadonga. D. Felipe IV pasa, con razón, por restaurador de la colegiata insigne, restauración que continuaron sus sucesores y especialmente D. Carlos III, en cuyo reinado fué devorado por las llamas el celeberrimo santuario.

El rey encargó á D. Ventura Rodriguez la reedi-

ficación, y en efecto se comenzó conforme los planos de este arquitecto, pero faltaron los recursos, y la obra no pudo terminarse. Los prelados de Oviedo han mirado siempre este monumento con particular cariño; el actual, sin embargo, ha llevado su entusiasmo hasta el extremo, y proyecta levantar un templo digno de aquel lugar memorable, sin reparar en el coste de las obras, tan difíciles en aquel peñasco, cuyos desprendimientos son tan perjudiciales al edificio actual, y tan amenazadores de mayores riesgos y cataclismos.

Los viajeros que han visitado este lugar santo, no se cansan de celebrar el admirable panorama que se descubre desde la cima de la roca. Antes de llegar se encuentran bosques de hayas añosas, pastos abundantes, donde pacen vacas y corderos, y el pintoresco lago de Nol, digno de la pluma de Walter Scot, ó del pincel de Claudio de Lorena. Desde el alto vértice de las rocas piramidales, en que anidan las águilas, se descubre al Sur la gran llanura de Castilla, y áun aseguran los pastores que se divisan al caer la tarde las cimas occidentales del



DON MANUEL GONZALEZ RIAÑO

Guadarrama; al E. y O. hay un laberinto de cumbreros y barrancos; y al N. se extiende el inmenso Océano, cerrando aquel gran cuadro que realzan los recuerdos históricos y los monumentos de la piedad cristiana.

V.

REVISTA

Terminábamos la anterior hablando de los progresos del socialismo en Europa y de la necesidad de confiar á la Iglesia, médico divino, la curación de nuestros males.

Cuando nuestro periódico salía de la prensa para ir á manos de nuestros lectores, llegaba en las del correo extranjero la Encíclica *Quod Apostolici* de nuestro Santísimo Padre Leon XIII, exponiendo el origen de estos males, que amenazan disolver la sociedad actual, y proponiendo remedios eficaces para devolver á los pueblos enfermos la salud y la prosperidad que han perdido en las borrascas de la revolución.

La Encíclica es un documento admirable, como todos los que salen de la Cátedra Apostólica, establecida por Dios en el mundo para ser luz y guía de todos los hombres.

Va dirigida especialmente contra el socialismo y contra las sociedades secretas; pero buscando el origen de nuestros males, señala los principales vicios de la sociedad moderna, informada del espíritu de soberbia que apaga en los entendimientos la luz de la verdad y en los corazones el fuego de la caridad cristiana.

Las palabras del Vicario de Jesucristo en la tierra han causado honda y general sensación en Europa: hasta la prensa impía ha enmudecido consternada, rindiendo con su silencio tributo de respeto al jefe de la Iglesia Católica.

¡Fenómeno singular! Cuando la sociedad moderna, materializada y egoísta, no cree más que en el poder de la fuerza, á la cual confía la guarda de sus tesoros; cuando la soberanía del oro es la única que parece tener súbditos verdaderamente fieles y leales; cuando el catolicismo está vilipendiado como su divino fundador en casa de Pilatos, y el Papa, prisionero en el Vaticano como S. Pedro en la cárcel Mamertina, una Encíclica de Leon XIII logra interesar á todo el mundo, ser leída con avidez por gobiernos, príncipes y pueblos, comentada de mil maneras, y calificada unánimemente de documento importantísimo para remediar los males de Europa.

El autor de la Encíclica es un anciano; rodeándole unos cuantos sacerdotes; carece de soldados y hasta de libertad para moverse; ningún emperador ni príncipe poderoso le patrocina; sus palabras son la expresión de sus ideas y de sus afectos íntimos, sin que ningún resorte diplomático mueva sus labios; ¿qué secreto posee para hacerse oír de ese modo y para impresionar tan hondamente corazones inaccesibles á la piedad y á la compasión?

Este secreto cuenta ya diez y ocho siglos de existencia, y ha suscitado grandes enemigos á los Papas que lo poseen. Los enemigos se han valido de todas armas para arrebatarlo; pero los Romanos Pontífices con su valor han vencido á los verdugos, con su palabra han confundido á los sofistas, con su virtud han avergonzado á los calumniadores, porque la fuerza de Dios ha vencido la fuerza del hombre.

El secreto ha permanecido inviolable, irradiando sobre el mundo la luz de su esencia divina. Las ciencias han demostrado su verdad con nuevos descubrimientos y progresos; las pasiones han realizado su santidad con los desórdenes del mundo; los impíos han patentizado su estabilidad y firmeza con ataques continuos y maquinaciones infernales.

Leon XIII, aunque anciano y prisionero, no está más encadenado que San Pedro en la cárcel Mamertina; aunque rodeado de enemigos, no está más amenazado que Leon I ante las huestes de Atila, y sin embargo, San Pedro pudo dejar las cadenas y evadirse de la prision subterránea, y Leon I pudo hacerse obedecer de Atila y obligar al bárbaro á

retirarse de Roma. El secreto de la autoridad y fuerza de los Papas, será perpétuamente la desesperación del infierno.

**

Para nosotros el secreto es patente y claro. Creyendo lo que la fé nos enseña, sabemos que Dios está y estará con su Iglesia hasta la consumación de los siglos, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Por esta razón la Encíclica de Leon XIII es para nosotros un consuelo y una esperanza. Aflijidos por los estragos de la impiedad, madre del socialismo, consuélanos la idea de que Nuestro Padre vela por nosotros, y nos ofrece la esperanza de mejores días, por misericordia del cielo, que no se cansa de enviarnos el maná de sus dones.

Agradecemos como prenda de esta esperanza la bendición que Leon XIII nos envía en su Encíclica, y roguemos á Dios, conforme él nos ordena, para que cesen pronto las tribulaciones de la Iglesia y los males de la sociedad que son su consecuencia.

**

Si no es la misericordia de Dios, ¿quién puede salvarnos? Cuando la luz se pierde, ¿quién puede caminar seguro por entre riscos y vericuetos?

La luz de la fé va decayendo, sobre todo, en estas grandes ciudades, donde se concentran los malos humores del cuerpo social.

La religión, lejos de constituir la esencia de nuestras ideas y la norma de nuestras costumbres, tórnase como simple pretexto para diversiones mundanas.

Hace cuatro días que la calle de Hortaleza estaba por la tarde cuajada de transeúntes. Dos apretadas filas de gente se deslizaban como dos inmensos reptiles por las aceras, y por el centro de la calle discurrían como locos jinetes de todos pelos, haciendo alarde de sus personas y de los brutos que montaban. Los balcones estaban cuajados de cabezas, y las cabezas cuajadas de flores, cintas y adornos.

¿Qué significaba esta concurrencia? Muchos de los presentes no hubieran podido contestar á la pregunta; algunos hubieran dicho que era aquella fiesta la *romería de San Anton*.

Nosotros somos muy partidarios de las romerías, práctica antigua que ha dejado en la historia huellas indelebiles y gloriosas; pero ¿qué le ha quedado de romería á la fiesta de San Anton en Madrid?

A excepción de unos pocos labradores que acuden con sus yuntas á recibir la bendición de la Iglesia, la gran mayoría de los concurrentes ni pisan los umbrales del templo, ni saludan al Santo con cien leguas. La vanidad, el afán de divertirse, la ocasión de ver y ser visto de las gentes, la rutina de pasear donde pasea todo el mundo, son los móviles de la romería, que de año en año va perdiendo su carácter propio y su fisonomía cristiana.

Esto consiste en el cambio que van sufriendo las costumbres, la cuales se desnudan del sencillo traje de nuestros padres para vestirse con telas extranjeras.

Visitar devotamente los templos en los días de los santos titulares; solemnizar las fiestas con públicas demostraciones de piedad; honrar á Dios con penitencias y con oraciones, son costumbres antiguas que no sientan bien al siglo de los *bufos* y del *can-can*; mejor es divertirse siempre y con todo; reír y gozar á todas horas y en todos los lugares; convertir las cosas más santas en pretextos de locas alegrías, hasta convertir esto que los antiguos llamaban *valle de lágrimas* en *Exposición universal de fiestas y regocijos*.

**

Hablar de fiestas y no decir algo de los teatros, parece falta imperdonable.

Sin embargo, la temporada actual va languideciendo de tal modo, que lo menos divertido de Madrid van siendo los teatros.

El *Real* esprime su antiguo repertorio; el *Español* se consuela de sus derrotas pensando que la *Vida es Sueño*; *Apolo* se jugó en el *Casino* lo que había ganado con la exhibición del *Nudo Gordiano*;

y de los demás teatros no hay otra cosa que decir sino que se defienden con sus mecheros de gas de la frialdad del invierno.

V. P. NULEMA.

LA ESPAÑA QUE SE VÁ

Como me lo contaron os lo cuento:

Recien instalada la Audiencia territorial en el vetusto villorrio, hoy capital de provincia, donde me nacieron las barbas, movióse empeñada contienda entre las familias de *sangre azul* sobre si habian de tratarse con los magistrados (ó como enfáticamente los apellidó desde luego el instintivo respeto popular á la Justicia, *los Señores*). Celebróse efectivamente lo que pudiéramos llamar *asamblea de nobles* para deliberar sobre tan árduo negocio. Algunos de aquellos hidalgos, que ya debían estar un si es no es picados de filosofismo, opinaron que era menester humanizarse, y que las armas cedieran á la toga; pero otros más encastillados en sus pergaminos de abolengo, bramaron casi de horror á la sola idea de haberse de igual á igual con advenedizos que pudieran muy bien ser *hijos de nadie*. Haciendo, digámoslo así, el resumen de este debate, cierta condesa larga, seca, pajiza y tiesa como listón de muselina engomada, relampagueó y tronó contra *los golillas*, cerrando iracunda su arenga con el anatema siguiente: «En fin, ¿qué serán ellos cuando han estudiado?»

Y con verdad sea dicho, sin agravio de los presentes, el *golilla* de aquel entonces era como un estante animado, y su toga, y su birrete, y su garna cha, y sus vuelillos podían imaginarse tablas en cuyo espacio polvoroso ostentaban sus cantos carcomidos, como de libro muy atormentado, los infolios de Vinnio, Cujacio, Heinecio, Gregorio Lopez, Acevedo, Salas y Bartoldo. Procedentes por lo comun de los Colegios Mayores, almáciga principal de nuestra antigua magistratura, y muchos de ellos *segundones* de casas solariégas, echaban de sí cierto vaho de señoría muy conforme á la dignidad de su cargo. Al mirar aquellas cataduras, comprendíase bien su tremenda potestad para cuajar de malhechores la horca y llevar en la faldriquera de sus ropones la llave de los presidios.

Desde el Alcalde Mayor hasta el Consejero de Castilla, parecían todos aquellos señores monedas acuñadas en el mismo troquel. Taciturnos, graves, acompasados, tenían algo de grulla, algo de maestro de escuela, algo de Canónigo en ropa capitular, algo de cesáreo y de palaciego: hilos, en fin, atados por algun cabo á la Corte, á la Iglesia y al aula. Nuestro Melendez Valdés era ya una excepción de aquella regla, y seguramente mucho debió valer como Fiscal de S. M. para que sus venerables colegas le perdonáran el inocente antojo de apacentar los *cor derillos de Filis* y celebrar el *néctar de Lieo*.

Alguien ha dicho que España era ante todo una nación de pastores, artistas y frailes. Si mintió el autor de esta desdeñosa filosofía de nuestra historia patria, con su pan se lo coma; pero estaba obligado á ver de conciliarla con aquel otro apotegma que entre las gangas tradicionales de nuestros mayores ponía: «Iglesia, mar, ó Casa Real:» fórmula que, aplicada á la España moderna, y bajo condición de suprimir sus dos primeros términos, pudiera convertirse preguntando á todo español mayor de quince años la casilla del Presupuesto donde figura su nombre.

Sea de esto lo que fuere, la magistratura formaba, junto con la Iglesia, el término de confluencia para los dos grandes ramales de nuestra jerarquía social, á saber: un pueblo que tenía todos los humos de la aristocracia, y una aristocracia que tenía toda la llaneza del pueblo. La sotana y la toga eran, propiamente hablando, el signo de nuestra clase media: de ahí abajo, casi todo era plebe; de ahí arriba, ó mejor dicho, fuera de ahí, y de todo lo que estaba debajo, no había más remedio sino toparse con una vasta escala nobiliaria, que, comenzando en el *hidalgo de gotera*, siguiendo por el *guardia de corps* y el Coronel de milicias provinciales, hasta el *Título de Castilla*, se terminaba en el *Grande de España*.

En los grados de esta escala no ponía pié, dicho

se está, quien quería, sino quien podía encaramarse sobre legajo, más ó ménos vetusto, de pergaminos. Para empuñar la vara de Alcalde Mayor ó de Corregidor, no se exigía tanto, bien que se tomara muy en cuenta lo que genéricamente llamaban nuestros antepasados «limpieza de sangre;» es decir, que en la genealogía del agraciado no hubiese mancha de mestizo, ni de judaizante, ni de hereje. Considerábase á la magistratura más como sacerdocio que como carrera, y no se quería ver sentado en un Tribunal de Justicia quien no pudiera estarlo dignamente en el de la Penitencia.

Desde la Alcaldía Mayor á la de Casa y Corte, desde el Corregimiento al Consejo de Castilla, el trecho era siempre largo, porque desconocido todavía el uso del vapor y de la electricidad, nuestros padres no habían aprendido el arte de hacer de priesa cosa alguna. Hoy que se fabrica, diría de Maistre, una reputación como se fabrica un zapato, y se hace un ministro de la Corona como se haría un buñuelo, puede ofrecer dificultades el distinguir entre un Regente de Audiencia y un regente de botica; pero hasta fines del primer tercio del corriente siglo en que se hizo compatible esgrimir la espada de Astrea y el chafarote de miliciano nacional, para conocer en cualquier parte á un *Señor de la Sala*, bastábale el sello impreso en toda su catadura, aunque por rara casualidad no la denunciase el consabido baston de caña de Indias con puño de oro y borlas de seda negra.

El tipo de la raza presentaba por lo comun dos variedades, cuyo diverso aspecto descubría bien la diversidad de su origen inmediato. Una era la señoría obesa, oronda, benigna, de papada ondulante y párpados macizos, como hechos para recostarse en brazos de Morfeo al suave runrun de la prosodia de los Relatores; otra la de talle enjuto, rostro amojamado, largas pestañas y pupilas recatadas, cual si fueran agentes de policía secreta contra artimañas escribaniles y sofismas de abogados cizañeros. Un observador perspicaz fácilmente hubiera adivinado que la primera de esas dos variedades componíanla de ordinario segundones de casas solariegas, que eran magistrados pura y exclusivamente por ser algo en este mundo, mientras que la segunda se reclutaba por lo comun, ora en la antesala de pajes de algun Arzobispado, ora entre los fámulos aventajados de los Colegios Mayores, y de todas maneras en sitios donde algo podía pegarse de copete señorial.

Estos últimos eran propiamente los ejemplares genuinos de aquel tipo á quien nuestros padres llamaban con epíteto, no diré yo respetuoso, «los *golillas*;» escuadrón sagrado del antiguo *regalismo*, que tenían en la uña la *Novísima Recopilación*, y de los cuales el ménos batallador juzgábase como novel caballero sin empresa en su escudo mientras no hubiese mantenido media docena de lides campales contra la *Curia Romana*. Educados algunos de ellos en la escuela cesariana del famoso colegio español de Bolonia, y amamantados la mayor parte en el horror al *ultramontanismo*, casi todos se habrían tenido punto ménos que por reos de lesa majestad, si no aprovechaban toda coyuntura de roer algun derecho de la Iglesia: este era el fuerte, ó si se quiere, el flaco del *golilla*.

Lo cual no le quitaba ser, por lo comun, rezador asiduo, visitador frecuente de las Cuarenta Horas, cofrade puntual de las benditas ánimas, hermano de la Orden Tercera y hasta monjil y fraileiro. Parecía cosa tan natural y puesta en razón atravesar con un hierro ardiendo la lengua del blasfemo, como atar la del Vicario de Cristo á la cuerda gibelina del *Pase régio*. En suma, pietistas de buena fé, cismáticos sin saberlo y liberales sin sospecharlo, el historiador de nuestra revolución política debe tomarlos muy en cuenta al investigar los orígenes de aquella Constitución demagógica de 1812, erigida «en el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, autor y supremo legislador de la sociedad.»

Aun me parece estar viendo á tal cual resto de aquella raza extinguida, con su largo sombrero de tres picos y abundosa capa azul de sólido paño de Tarrasa, chupetin de sarga, calzon corto de ancha pretina, medias de seda y zapato de hebilla de oro, asomando por debajo de aquella estatua ambulante la puntiaguda contera de metal amarillo, de su inexcusable baston. Todo ello, movido con aire procesional; de su casa á la Audiencia en sonando

la primera campanada del rezo de Prima en el convento cercano; á las dos y minutos, de la Audencia á su casa, y en una y otra expedición diurna, seguido del indispensable paje cargado con la bolsa de damasco carmesí que encerraba la toga y el birrete.

A media tarde, despues de siesta, más ó ménos reposada, veíasele enderezarse con algunos colegas, camino de la no distante Cruz del Campo, y llegados allá reposar como de larga jornada, para extenderla despues hasta la celda del Padre Prior, único de quien el habitual retraimiento de los señores se dignaba admitir el cotidiano jicaron de chocolate.

De su modesta vivienda, alfombrada con estera de esparto, y amueblada con sillas de Vitoria, nada merece singular mencion sino el despacho, donde irremisiblemente, entre los armarios de pino pintado, henchidos de infolios descomunales, y disputando la primacía á los cuadros cuyo marco encerraba todos los títulos de bachiller, licenciado y doctor, ganados (ó no ganados) por el jurisperito númen de aquel templete polvoroso, campeaba el retrato del *señor rey Don Carlos III* (q. D. g.). Sillon de vacueta, con armadura de nogal, festonado de clavos romanos, y puesto como centinela delante del escritorio, largo, ancho, profundo, negro y sembrado de autos voluminosos, en cuyo mosaico no disonaba la coleccion de *Gacetas de Madrid*, física y moralmente cortadas á la medida de los autos.

Tales eran los principales rasgos fisionómicos del antiguo sacerdote de la diosa Thémis, hoy tan mudada.

GABINO TEJADO.

AL SOL ECLIPSADO

SONETO

Siempre, vívido sol, siempre te admiro;
Y hoy que, con velo funeral cubierto,
Pálido estás como cadáver yerto,
Del alma en tí la fiel imágen miro.

Luz es la fé que, con sereno giro,
De flores cubre el mundanal desierto;
La duda, negra sombra, abismo abierto,
Martirio atroz del último suspiro.

Mas ¡ah! cesa el eclipse, huye la duda;
Su faz recobra mi turbada mente,
Y lanza rayos mil la fé primera.

A Dios el alma con amor saluda;
De su impía soberbia se arrepiente,
Y eterna vida tras la tumba espera.

EUGENIO SÁNCHEZ DE FUENTES.

Habana 29 de Julio de 1878.

CRÍTICA HISTÓRICA

Nociones de Historia de España, por Doña María Orberá y Carrion, Regente de la Escuela práctica de la Normal superior de Maestras de Valencia (1).

Espectáculo bello y consolador seguramente ha de ser para las personas de buena voluntad, á cuyas manos llegue este libro, contemplar á la mujer cristiana formando con peregrino arte el corazón de la niñez en el estudio fecundísimo de la Historia; por la cual se hacen hombres los que sin profundizar en ella, no salen de niños jamás, aun cuando peinen canas, enfadosos, gurrulos é ignorantes. Conocer los tiempos que pasaron; ver que el hombre fué siempre el mismo, ya cubran su pecho el bien ajustado pálio de Grecia ó la blanca toga romana, ya la férrea cota del visigodo, ó el fastuoso y desgarrado casaca del áulico moderno; mirar siempre, en tan dilatada sucesion de siglos, al triste y miserable pueblo hecho juguete vil del audaz y astuto engañador, palabrero y desvergonzado; y convencerse de no haber escarmiento, y de que los seres racionales hacen lo propio que los inocentes pajarillos, los cuales se precipitan á morir allí donde se están retorciendo desesperados en

(1) Llevan á su frente por vía de prólogo el artículo crítico que reproducimos á continuación.

tre las mallas de inclemente red, otros que llegaron primero; y en las enseñanzas históricas, y en su deleitoso y bien encaminado estudio adquirir tesoro de ciencia y experiencia, sin que nos le traigan los años y desengaños, téngase por el más digno, útil y necesario empleo de las prodigiosas fuerzas con que el Sumo Hacedor acaudaló nuestra alma.

La Historia nos enseña qué pudo sublimar los imperios y transmitir con gloria su nombre á otras edades; y qué los desangró, envileció y deshizo. Prosperaron y resplandecieron y ganaron fama envidiable, por la religiosidad, justicia y sabiduría en los que mandan; por la religiosidad, sumision voluntaria y sencillez de ánimo en los que obedecen; y por amor á su patria, heroico y veheméntísimo, en todos. Hundiéronse en la ignominia y despenadero, como observa Platon, cuando á la opinion pública, verdadera y no falsificada, sobrepusieron la audacia artificiosa, la sanguinaria ambicion, el bárbaro y glacial descreimiento, la codicia grosera é insaciable, la pífida envidia y los instintos brutales, impune el delito, glorioso el vicio, ultrajada la virtud, y guardados los pre nios y honras para la vileza y fatuidad é ignorancia. Cuando á un tiempo Vatinio el infame y el gran Caton solicitaron la pretura de Roma, se dió á Vatinio, por no haber otro ninguno más indigno en quien proveerla. Pero tambien sonó entónces la hora en que Roma habia de padecer bajo los Tiberios, Calígulas y Nerones, y otras cien pestes coronadas, azote del humano linaje.

Muchas y gravísimas dificultades acongojan al historiador, en su noble tarea; y le sobresaltan á cada hora escollos infinitos. Dar proporcion y unidad á extenso cuadro; esmerarse porque nos halle prodigiosa variedad en la unidad misma; huir, á cada paso, tanto de la sequedad del escueto cronicon y de la revuelta y oscura selva de indigestos anales, como de la narracion hinchada y vanidosa; evitar que, prevenido el juicio, descoyunte ó falsifique personas y hechos; no ser ni voluntario ni inconsciente propagador de errores que hayan tomado carta de naturaleza en la Historia; pero tampoco endiosado y caprichoso demolidor de tradiciones seguras y monumentos venerandos; y avergonzar y barrer, como el sol, las tinieblas, para que renazcan los siglos que fueron, llenos de nueva luz y vida, pintorescos y deleitables, tal es la empresa difícilísima que acomete el historiador generoso, digno de impercederos laureles.

No quiero tomar en cuenta para nada la comun locura de presumir el hombre saberlo todo; y quedarse muy contento y satisfecho cuando solo se engaña á sí mismo, diputando y teniendo por verdad clarísima y evidente lo que imaginó probable ó verosímil. Ni ménos todavía quiero acordarme de los escritores sin Dios y sin vergüenza que, saltando los estudios y trabajos ajenos, se los apropián; ávidos de juntar y componer dos tan distantes y opuestos extremos como vivir en la ociosidad, en la disipacion y en la holganza, y obtener los premios y honras debidos á la virtud.

Dios, en la pluma de los Evangelistas, nos ha dado el perfecto modelo de escribir historia, sin desatarnos en dicterios contra los malvados y criminales, ni derramarnos en alabanzas de los buenos, sin tiranizar ni prevenir el libre juicio y atencion de las personas que leen. Resultan aborrecible el malo y admirable el bueno, por el proceder de cada cual; y enunciados los hechos, el juicio bien encaminado y sano quilata la verdad por sí mismo y sin necesitar pedagogo.

Ya son de inferir los escollos en que puede naufragar, y las dificultades que ha de vencer tambien el autor de un buen compendio histórico ó de unas recomendables lecciones de Historia. Su responsabilidad es grandísima y aun mayor que la del historiador y cronista, pues ni el error más pequeño se ha de deslizar en su libro, escrito deliberadamente para arrojar semilla de vida y de salud en entendimientos virginales. Error que se aprende en la niñez jamás se desarrija; lo que en un principio hubo de aprenderse mal, nunca se llega á saber bien; quien siembra errores, no es sábio y maestro, sino envenenador y demente.

¡Bien hayan las madres solícitas y prudentes que se desviven por formar, enriquecer y engrandecer el corazón de sus hijos! ¡Bien hayan las profesoras y maestras identificadas con el santo amor de ma-

drel ¡Cuántas, en su ansiedad y privaciones heroicas, nos recuerdan el avechilla que pinta Homero, llegando al nido pobre, con el alimento en el pico, transida y desfallecida de hambre, para dar vida á sus hijuelos!

Por estas madres y por estas profesoras tendrá buenos hijos y no esclavos malos la patria. ¡Ay de los pueblos á quienes desatina el bárbaro fanatismo de no creer, ni dejar que los demás crean; de no saber, y enfurecerse y enconarse contra los que saben; de no estudiar, y maldecir de los que estudian! El camello no bebe agua que no enturbie primero: el escritor venal y pérfido no trata materia sin que ántes la enturbie y envenene. De igual suerte el astuto calamar revuelve y alborota el cielo para cegar y tragarse á los desorientados pecillos. Los vampiros viven entre las sombras que la muerte vistió de oscuridad y espanto; los soberanos ingenios se gozan en horizontes de benéfica luz.

Causa de ignorar muchas cosas divinas y excelentes, no es otra sino la incredulidad y malicia de

escritores inícuos. Véase por qué, dotada de fe grande y de sencillo y bondadoso corazón la hermana del venerable Sr. Obispo de Almería, compone para los niños un libro lleno de saber y por muchos títulos excelente. De tal modo se ven redactadas y dispuestas sus *Nociones de Historia de España*, que me hacen recordar aquella roca singularísima de que nos habla Plinio; la cual, tocada suavemente, se estremecía; y empujada con violencia, quedaba inmóvil, resistiendo á los atletas más esforzados. Blanda cera han de ser para este libro los entendimientos infantiles, cautiva su atención y ganosa de que llegue el tiempo de dominar en toda amplitud la materia. Solía decir el fénix de los ingenios, Lope de Vega Carpio, que nunca se avergonzaba de saber mal la lengua y la historia de Inglaterra y Francia; pero que no se perdonaría jamás el no saber muy bien la lengua y la historia de los españoles. Cuantos jóvenes hagan suyo este libro, tendrán llave de oro para enseñorearse de una y otra.

Pídemela la señora doña María Orberá mi parecer sobre todos y cada uno de los puntos que abrazan sus *Nociones de Historia de España*, y lo he de emitir agradeciéndole aquella parte en que sigue opiniones sustentadas por mí en juntas públicas y solemnes de la Real Academia de la Historia, y aplaudiendo el cuidado y esmero con que adopta siempre el sentir más fundado y seguro. Para robustecerle y contestar á lo recibido hasta aquí, áun por escritores famosos, y ofrecer á las explicaciones de sábios y solícitos maestros, asunto de discusión y exámen, consiéntame la profesora insigne ampliar al vuelo algunos puntos de su libro, formulando las diez conclusiones siguientes:

1.^a Los fenicios no fueron arrojados de España por los cartagineses. Aquí las colonias eritreas y focenses procuraban á toda costa hacer de su partido á los españoles tartesios é iberos, y empeñarlos en exterminadora guerra contra las colonias fenicias, enclavadas también como la otras en nuestro territorio. Y llegó un día en que los fenicios tuvie-



EL BEATO LABRE

ron que implorar el socorro de Cartago, y los griegos el de Roma (años 238 y 227 ántes de Cristo). Como siempre, los auxiliares se trocaron en dueños y tiranos de los débiles oprimidos que los trajeron; y Cartago y Roma, cada cual de por sí, trató de alzarse con el señorío de la península. Treinta años padeció España la contrastada servidumbre cartaginesa (236-206), la de Roma ocho siglos.

2.^a Amílcar no pereció ahogado en el Guadiana, sino á orillas de otro río y en batalla muy porfiada y sangrienta, el año 228, cerca de Alicante (*Acræleuca*, *Lucentum* y Monte Albo), cuando se apresuraba á encerrarse en aquella fortaleza, que él había construido ó pertrechado. A morir en vertiginoso cauce, lo habrían dicho así Polibio y Livio, ó Silio Itálico, el poeta y cantor de las guerras púnicas.

3.^a Nos dice Lucio Julio Floro, en su *Historia Romana*, II, 18, que «Numancia, tanto cuanto fué inferior en ejércitos, población y riquezas á Cartago, Capua y Corinto, las sobrepujó á todas tres

en valor y fama incomparables; pues sin alcázares ni muros, ni más que la natural defensa de un montecillo y de los remansos del Duero, ella sola y con solos cuatro mil celtíberos, resistió durante catorce años á un ejército de cuarenta mil hombres; y muchas veces le destrozó, y áun le hizo pasar por vergonzosos pactos que humillaron y desconcertaron á Roma. Constreñidos por Escipion los Numantinos á morir de hambre, dentro de un cerco imposible de romper, supieron sucumbir como héroes entre llamas y sangre, año 133 ántes de la era cristiana.»

4.^a Veintisiete años despues del asesinato de Sertorio y 45 ántes de la era vulgar, Julio César venció en la turdetana Munda á los dos hijos de Pompeyo el Grande. ¿Y por qué es famosa esta batalla? Porque, de sus resultas, y ya para muchos siglos, se reconcentró en manos de un solo hombre todo el poder de la República Romana; y por lo discordes que andan los eruditos acerca del sitio donde fué Munda. Los estudios mejor fundados

nos llevarán á suponerla en el Cerro de la Rosa Alta, una legua S. E. de la Puebla de Cazalla, y dos y media S. O. de Osuna, en la provincia de Sevilla.

5.^a Subyugada España, no adquirió de los romanos lengua, religion, leyes, usos y costumbres. Fué, sí, tributaria de Roma y gobernada por ella; pero cada region mantuvo su idioma peculiar, aunque muchas personas entendiesen y hablasen el latin, y conservó sus antiguos númenes, y sus leyes propias, y hasta gozó de algunas mayores libertades que la metrópoli del orbe, como evidencian las bronceas tablas municipales de *Maláca* y *Salpensa*.

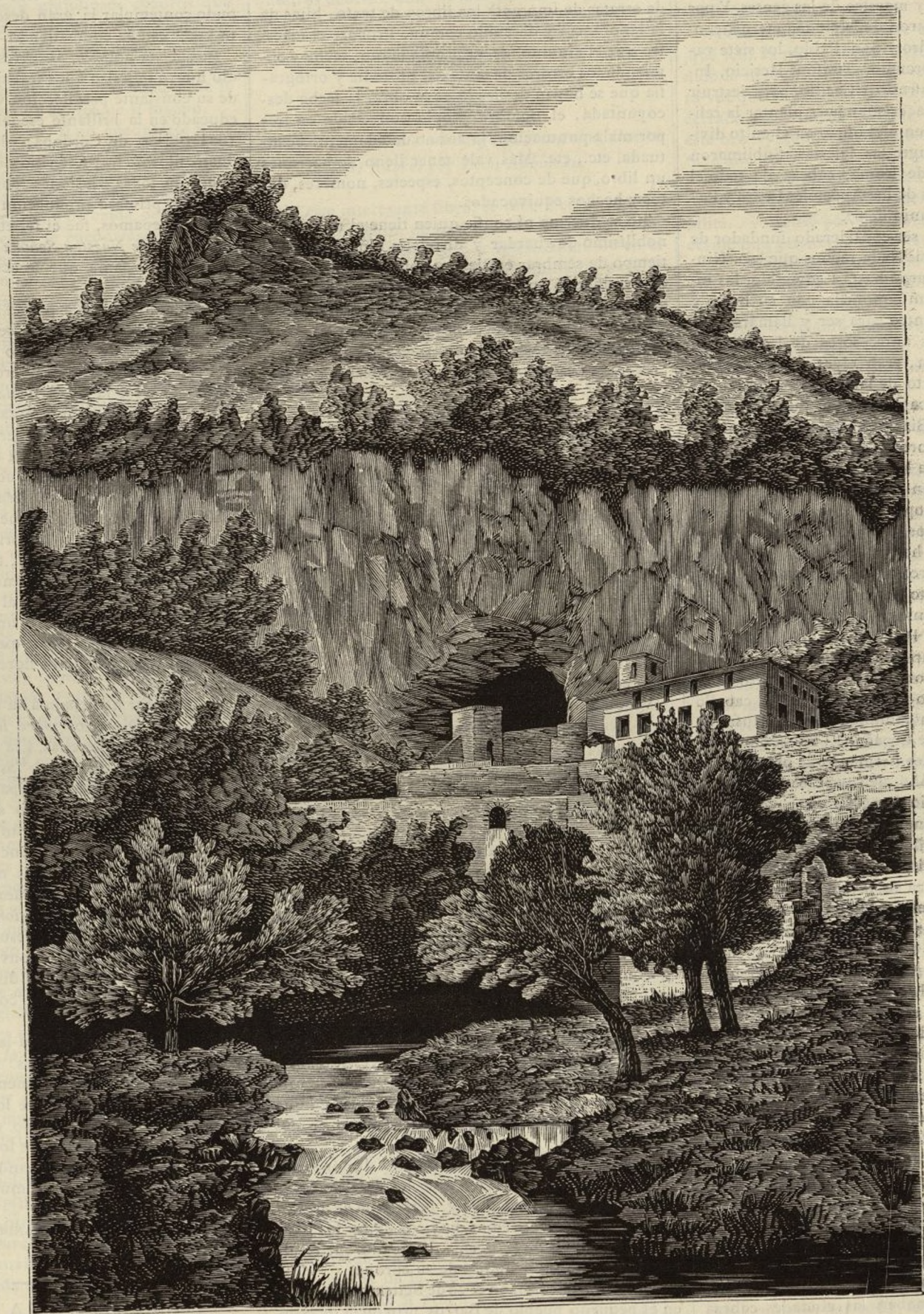
El trato continuo con los dominadores, la forzosa obligacion de militar nuestra juventud en sus ejércitos, el deseo de tener aptitud los españoles para alcanzar lucrativos empleos en la extension vastísima del imperio romano, y cien otras causas, propagaron el conocimiento de la lengua extraña, corrompiéndola con la propia juntamente y dando

origen á los modernos romances. Quedó el latín como lengua de la religion, de las leyes, de los monumentos públicos y de las asambleas científicas y políticas, y de los régios palacios; y para lo cotidiano y manual hubo otra mezcla de dos hablas, la nueva y la vieja, la esclavizada y la señora. Sea honroso lauro para el vascuence haberse conserva-

do incólume casi á través de treinta y seis siglos, replegado ya á las asperezas que limitan los rios Nervion, Aragon y Ebro.

6.^a Con efecto, España dió cónsules y emperadores á Roma: dígalosino, el gaditano Lucio Cornelio Balbo, soldado de Pompeyo contra Sertorio en España, defendido luégo en sus derechos de ciu-

dadania por la elocuencia de Ciceron, y cónsul el año 40 ántes de Cristo; díganlo tambien nuestros granadinos los cónsules Cayo Valerio Végueto, en 91 de la era vulgar; y segunda vez en 199, Publio Cornelio Anulino, el vencedor de Pescenio Nigro en Adiabene. Y por lo que toca á los emperadores, muy pocos dejaron tan glorioso nombre



COVADONGA



á la posteridad como el andaluz Trajano y el gallego Teodosio.

7.^a Dispersa gran parte de los judíos por todo el orbe de la tierra, desde la cautividad de Babilonia y desde las crueles persecuciones de Antíoco Eupátor, viéronse congregados en Jerusalem, con motivo de la fiesta de Pentecostés, un sábado 7 de

Mayo del año 29, religiosos varones de toda nacion que hay debajo del cielo. Cuarenta dias ántes, el viernes 18 de Marzo habia dado su vida en la cruz por redimirnos Jesucristo, hijo de Dios vivo, Dios y hombre verdadero. Y ahora, luégo que descendió en lenguas de fuego el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, quedaron espantados y absortos aque-

llos varones forasteros al oírlos cada uno hablar en su lengua propia y especialísima. Poco despues regresaron á España los judíos que habian ido de acá, trayéndonos la buena nueva. A confirmarla vino hácia el año 41 el hijo del trueno, Santiago el Mayor, como que le tocó esta provincia, cuando todas se sortearon entre los Apóstoles en obediencia

cia del divino mandato. Dos de los nueve discípulos que escogió en Galicia, quedaron allí para proseguir la santa obra comenzada; y con los otros siete se volvió á Jerusalem, donde pocos días antes de la Pascua (fué esta á 24 de Marzo de 42), le hizo degollar Julio Agripa Herodes, á quien Calígula había hecho rey de los judíos. Imperaba Claudio á la sazón, desde que fué asesinado Calígula á 24 de Enero del año 41. En 61, San Pablo llegó á las regiones españolas, cumpliendo lo que reiteradamente en una epístola había ofrecido á los romanos, y desempeñando para nuestra salud su ministerio de predicador y apóstol y maestro de las gentes. Y por último, en el 63 arribaron de la ciudad eterna, consagrados por San Pedro y San Pablo, los siete varones apostólicos Torcuato, Tesifón, Hesicio, Indalecio, Segundo, Eufasio y Cecilio, para destruir la idolatría, fundar la cristiandad, plantar la religión, enseñar el orden y el oficio en el culto divino y sellar con su sangre las iglesias. Sublimaron con su martirio la de Roma, cabeza de todo el mundo, los príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo, un lunes 29 de Junio de 67.

8.^a ¿Debe Ataúlfo ser considerado fundador de la monarquía española? Nada menos que eso. Ninguno de los godos usurpó hasta Leovigildo, las insignias reales, ni acuñó moneda con su busto y nombre, ni tuvo alientos para ser y llamarse rey de las Españas. Los antecesores de Leovigildo, desde Ataúlfo á Liuvia, eran reyes sin duda entre los godos; pero respecto de las Españas, no tenían más título que el de capitanes generales, en nombre del Imperio Romano-Bizantino. Los godos aquí, revolvedores y demolidores de suyo, estímanse tropas auxiliares á sueldo de los emperadores de Roma ó Bizancio, que de vez en cuando, si faltaban las pagas, recibían ó se apropiaban, por compensación, tierras en feudo. No los puede considerar la Historia reyes de España, hasta el año 579; pues hasta entonces no lo quisieron ni lo supieron ser.

9.^a Witiza, decrépito ya su padre Egica, reinó solo y como tal fué consagrado en la toledana Iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo, á 14 de Noviembre de 700. Murió en su lecho, conservando en sus sienes la corona, hacia los primeros días de Enero de 711. Pravo y lascivo, como el caballo y mulo, faltos de entendimiento, fué causa de la ruina y perdición de España. El Senado no quiso que ni los hijos ni los hermanos de príncipe tan indigno ocupasen el sáculo, de suyo electivo y hasta entonces no hereditario jamás; y en él colocaron inmediata, libre, aunque tumultuariamente á Don Rodrigo. Seis meses ciñó la diadema sin tener una hora de tranquilidad ni descanso. La facción de los traidores hijos de Witiza subleva á los contumaces vascones; Rodrigo vuela á sujetarlos; y mientras pone sitio á Pamplona, los árabes con el alevoso Conde Julian pasan al estrecho gaditano, un martes 28 de Abril de 711. Al fin Rodrigo abandona la guerra del Norte, por la más grave del Mediodía; sostiene durante ocho soles, porfiada batalla con los agarenos á orillas del Guadalete, desde el domingo 19 al 26 de Julio de 711, en que pierde el trono y la vida, y los árabes sujetan á España á bárbara cadena. Los amores de D. Rodrigo y la Cava son un cuento de que ni se debe acordar la Historia, y que únicamente en la Novela puede tener cabida.

10. Condes. Imperando Marco Aurelio el Filósofo (161-168), comenzaron á llamarse Condes algunos gobernadores de provincia. Cuando Leovigildo se proclamó rey de las Españas, puso al frente de cada una de sus ocho grandes provincias un duque vitalicio, con doce condes amovibles, subordinados á él, que gobernaban las ciudades cabeza de distrito. Y como hiciesen ostentación D. Pelayo y sus inmediatos sucesores, de reyes godos ovetenses y legionenses, conservaron la organización antigua, política y administrativa, y por ello, los duques y condes; mal dispuestos los últimos á obedecer, prontos á la rebelión, ganosos de hacer vitalicio el mando y aún de vincularle en su familia, reyezuelos indomables á veces. Ordoño II se vió en el trance de serle forzoso atraer con engaño á cuatro condes de Castilla, mandarlos prender de improviso, y agarrarlos juntos en las torres de Leon. Pero con ingeniosa traza y de novelesca manera, supo al fin el conde de Castilla Fernán González ser reconocido soberano independiente. Murió en 970, habiendo vibrado victoriosas palmas durante cua-

renta y siete años, y dilatado á sus expensas la conquista.

Condes cristianos gobernaban también á los mozárabes en los dominios mismos de los sarracenos, sin que ni los Reyes de Asturias y Leon, ni los Califas de Córdoba jamás y en manera ninguna los estimasen Príncipes feudatarios, sino meros empleados públicos amovibles.

Ampliar y esclarecer estos puntos históricos, según la mayor ó menor capacidad y aprovechamiento del discípulo, es ocupación del profesor deleitoso y lucida. No así la importantísima de expurgar de erratas de imprenta los libros de texto, hijas de la ignorancia y descuido común. Procure el maestro que el alumno, de su propia mano, tache y enmiende los errores de sintaxis, prosodia y ortografía que se hayan deslizado en la obra, la fecha descoyuntada, el nombre propio convertido en tres por mala puntuación, la voz no debidamente acentuada, etc., etc. Más vale tener lleno de borrones un libro, que de conceptos, especies, nombres, datos y hechos equivocados.

No se duerma ni confíe quien tiene el ministerio nobilísimo de guardar y dirigir la niñez: ese es el tiempo de sembrar en tiernos corazones la semilla que vivifica, ó que desmedra y á veces mata los ingenios. Siembre, pues, ideas y noticias verdaderas y exactísimas, y desarraigue y destruya el error por pequeño é insignificante que parezca.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

POESIAS ALEMANAS.

KANT JUZGADO POR KLOPSTOCK.

Quitadle lo que todos ya sabían
Y mejor los antiguos nos decían;
Item más, quitaréisle de lo oscuro
Lo que es más tenebroso y nadie entiende.
¿Y entonces qué le queda ó qué nos vende?
Un hueso mondo y duro.—
Tú eres el duro, discolorado, atrevido,
Crítico falso.—Erré, pequé; funesta
ya confieso mi culpa confundido.
Vosotros le admiráis: eso le resta.

RAMON GARCÍA S. J.

MANUEL GONZALEZ RIAÑO

Todavía, agolpadas á nuestros ojos, pugnan por salir las lágrimas que nos produjo la triste noticia que motiva estas líneas; la desgracia estaba prevista hacía ya mucho tiempo, pero no por eso fué menos dolorosa; habíamos visto impresa en su rostro la huella de la muerte, su mirada llena de santa conformidad lanzaba, cuando de él nos despedimos por última vez, los postreros reflejos de su brillante luz; comprendíamos se acercaba con rápido paso el instante en que el amigo querido nos iba á abandonar, y sin embargo, nos resistíamos á creerlo. Y cómo no, si veíamos arrancada de raíz la erguida planta en el momento precioso en que lanzaba á la atmósfera para embalsamarla su más grato perfume!

En los reducidos límites de que hoy disponemos, no es posible seguir paso á paso los detalles todos de su vida, breve ciertamente, pero llena de gloriosos triunfos; sólo podemos hoy consignar los puntos más salientes de la misma, haciendo que resalten las más hermosas hojas de su corona.

Nació Gonzalez Riaño el 20 de Setiembre de 1844, en el pequeño pueblo de Barros, provincia de Santander, y no lejos de donde se alza majestuoso el monasterio de las Caldas, sitio predilecto de sus excursiones y quizá lugar por él soñado como refugio para los últimos días de su vida; después de haber seguido con notable aplicación la facultad de Derecho en las Universidades de Valladolid y Salamanca, en las que se formó su gran inteligencia, singularmente al contacto de las gloriosas tradiciones que encierra la que se llamó con justicia la segunda Atenas, pasó á Madrid é incorporado al colegio de abogados, se dedicó con entusiasmo al noble ejercicio de su profesión, en la que bien pronto ganó merecido renombre.

Pero, alma ardiente y apasionada, no pudo contentarse con los trabajos del foro, y sin descuidar

tan penosa tarea, entró de lleno en la vida del periodismo; colaborador primero de varios periódicos católicos y al frente poco después de la *Liberdad Cristiana*, emprendió vigorosa campaña contra los horrores que amagaban á la sociedad española en tristes días para la religión y la patria, precisamente en aquellos momentos en que más peligrosaban los caracteres que de un modo franco y decidido se oponían á la triunfante marcha de la revolución: sus esfuerzos se vieron pagados con el destierro, y allá, en el oscuro rincón de Francia, donde fué á librarse de las iras de sus perseguidores, pudo contemplar la gran desolación que con tanto vigor estaba combatiendo.

Publicista notable, al regresar Riaño á su patria, dió nuevo impulso á los trabajos históricos, objeto de su constante predilección y continuado estudio: educado en la brillante escuela formada por el actual obispo de Córdoba, gloria de España, el ilustre filósofo fray Ceferino Gonzalez, quien le consideró en todas ocasiones como distinguido discípulo. Su primera producción de importancia, que nosotros sepamos, fué el folleto *sobre la cuestión del cementerio de Nuestra Señora de las Caldas*, con el cual sentó la fama que le acreditaba de elegante escritor.

Pero la obra grande por él soñada, el objeto de sus constantes estudios no se hizo esperar, y en 1875, dedicado á su egregio maestro y amigo el P. Payo, publicó los primeros cuadernos de sus *Discursos sobre la Edad Media*, obra ella sola suficiente para labrar una reputación de historiador: desgraciadamente no están terminados, pero lo ya publicado es suficiente para comprender su gran mérito: son de tal suerte, que no se sabe qué admirar más en ellos, si su hermosa frase ó los profundos y acertados juicios que la esmaltan: revelaron al conocedor de la historia, pero dieron también á conocer una vez más, todas las galas de la hermosa Musa del cristianismo. Cultivador Riaño del género que inmortalizó al autor de los *Mártires*, su obra puede servir de antítesis á alguna otra obra contemporánea, en la que el error se desliza, como el veneno entre las flores, oculto en sus fragantes hojas.

Sin publicar ha dejado á su muerte la continuación de los *Discursos sobre la Edad Media*, una historia sobre las herejías, y la *Historia del monasterio de Nuestra Señora de las Caldas*, que de desear sería se diera á la estampa ahora que un verdadero movimiento literario se agita en nuestra querida provincia, y que tanto está contribuyendo á la cultura patria. En el concurso abierto por la Real Academia de Ciencias morales y Políticas, acerca del grave lema: *No pueden existir conflictos entre la ciencia y la Religión católica*, también hay un trabajo de Riaño, resumen de sus vastos conocimientos y firmes convicciones religiosas. ¡Quizá la Providencia habrá dispuesto que éste sea el laurel que habremos de colocar sobre su sepulcro!

Toda esta brillante carrera la recorrió Riaño en el breve espacio de 34 años: periodista notable, distinguido publicista, ornamento del foro español y gloria de la provincia que lo vió nacer, que se honra con su recuerdo como con su nombre se honraba, es ejemplo vivo de lo que la virtud y la ciencia pueden conseguir cuando marchan unidas por indisoluble vínculo y mutuamente se completan.

MANUEL MARAÑON.

LA VERDADERA CIENCIA

A la caída de la tarde, cuando el sol está próximo á desaparecer detrás del horizonte que nos rodea, fatigados por los trabajos y penalidades del día, nos dirigimos con lentos pasos á nuestro hogar en busca de reposo; pero antes, levantando nuestros ojos al cielo y contemplando el sol que se oculta, le decimos: «Vas á terminar ¡oh sol! tu carrera en este día... Tu misión se ha cumplido y podrás decir tranquilo y seguro: hasta mañana...»

Y esta última palabra va resonando de una manera extraña en nuestro corazón. ¡Qué hombre hay sobre la tierra que pueda decir otro tanto!

Combatida la existencia humana de mil peligros,

desconocidos los más, no puede nunca como el sol decir: «Hasta mañana,» porque ni el día que ha de venir le pertenece, ni le es permitido prever los sucesos que pueden sorprenderle á cada momento: Dios ha reservado para sí el secreto de la vida, como el instante de la muerte.

Penetrados de estas verdades, natural es, que allá en el silencio de nuestro hogar, nos preguntemos á nosotros mismos: ¿En qué hemos pasado las horas del día? ¿fueron dedicadas al cumplimiento de nuestros deberes? Por muy despreocupado y distraído que supongamos al hombre, no cabe duda, que un momento en la vida, será conmovido por los bellos y grandiosos cuadros que presenta la naturaleza, herido por los rigores de alguna desgracia, su pensamiento tiene que fijarse alguna vez sobre aquellas preguntas: agobiado bajo la fuerza irresistible de la verdad y de la justicia, la buscará fuera y dentro de sí mismo.

Triste situación la suya, si no encontrase ni la una ni la otra recordando sus deberes! Se parecería entonces á la en que nos hallaríamos nosotros, si al regresar á nuestro albergue querido, después de haber visto ocultarse el sol á la caída de la tarde, según acabamos de decir, le encontrásemos abandonado; aquí un recuerdo, allí una memoria de un ser amado; allá un cuna ó un lecho vacío, cuyos dueños desaparecieron en nuestra ausencia para no volver jamás... ¿Comprendéis la desolación y la amargura que se apoderaría de vuestra alma?... Pues bien, hé aquí el retrato del hombre que hallase vacío su entendimiento y su corazón de toda verdad y de toda justicia, al recogerse dentro de sí mismo en busca de una solución á sus dudas y pesares. El libro donde debieran estar guardadas sus creencias y señalados sus deberes, tendría para él todas sus hojas en blanco, y se desesperaría en vano buscando luz para disipar sus dudas y consuelo para calmar sus angustias.

Que esto pasa y se verifica en la vida todos los días, es ciertísimo é innegable; por qué, pues, alejarnos tanto de la ciencia de la moral, de la ciencia del deber? No parece sino que esta es la ciencia de los débiles y de los niños; pero esta aserción pugna abiertamente con la opinión que algunos sostienen de que es una ciencia impracticable, que todos tienen en los labios y que no pasa de allí. Si la ciencia consiste en el medio de realizar un objeto por reglas fijas y determinadas, proporcionando los recursos necesarios para llegar á un fin determinado, nada más cierto y verdadero que la ciencia moral, aún sólo considerada filosóficamente: si la virtud es el mejor camino para arribar á la posesión del bien, ella nos dá reglas á fin de conseguirlo; si la felicidad es el mayor deseo del hombre, ella nos dice cómo podemos alcanzarla; si la conciencia tranquila es el consuelo de más valor en el mundo, ella nos la proporciona.

Hay, sin embargo, en el hombre sobradas imperfecciones que oscurecen por momentos la luz de la verdad, y que en todos tiempos se viene trabajando por corregirlas y enmendarlas; pero como Dios crió al hombre y le dió su ley, y después le dejó en libertad; la vida y la muerte están delante de él, y él escogerá lo que más le agrade (1): hé aquí cómo por inexplicable ceguera escoge muchas veces la muerte, es decir, el error, y deslumbrado por su brillo se desvía del camino de la verdad, cerrando los oídos á los consejos de la sabiduría y de la prudencia. Si bien se mira, este hecho que viene repitiéndose en todos tiempos, es una prueba entre otras muchas que pudieran aquí alegarse, de la naturaleza y origen del error y de la necesidad de un auxilio sobrenatural que tenemos que demandar cada día para preservarnos de caer en él.

Porque á tantas razones poderosas y elocuentes, repetidas de varias maneras por ingenios esclarecidos, á tantos hechos que la historia nos demuestra con el ejemplo vivo de las tristes consecuencias del error, éste sigue triunfante su carrera por el mundo. No cabe duda que aquí hay un gran misterio y que tenemos en contra nuestra un enemigo invisible que suele apoderarse de nuestro entendimiento, que ni la razón más poderosa, ni la voluntad más perseverante puede vencer con sus propias fuerzas.

Será siempre este hecho una eterna pesadilla de

la que el filósofo no sabrá cómo desentenderse: al fin y al cabo vendrá á caer en lo desconocido, sino acude á la doctrina católica, que le enseñará de cómo el pecado que lleva en su sangre todo hombre que viene á este mundo, es la causa del error: porque el pecado oscurece el entendimiento y endurece el corazón, no dejándonos ver la verdad tal cual es, ni sentir aquellos movimientos interiores que nos conducen ella. Y no sólo esto, sino que, fomentando el mismo pecado las pasiones, éstas nos hacen ver las cosas de distinta manera como lo son en realidad, y nos entramos así, sin sentirlo, en las locuras del error, y de camino en el olvido de nuestros deberes, aún los más santos y sagrados.

RAMON SEGADÉ.

VIDA

ahmirable del beato mendigo y peregrino Benito
José Labre, por Leon Aubineau.

En este interesante libro, se refiere con sencillez la vida prodigiosa de uno de los últimos campeones de Cristo, puestos por la Iglesia infalible en el catálogo de los Santos. Sería humillante para la primera nación católica, que la vida de un siervo de Dios elevado á la dignidad de los altares no estuviese narrada en lengua española.

Pero esta razón, aunque poderosa, no es la que más ha influido en la resolución de dar á la estampa una versión española de la vida del Beato Labre. Siendo siempre una la dirección, y áspera y difícil la marcha, los caminos del cielo son muchos. Con providencia amorosa deja Dios á sus criaturas gran libertad de elección en los medios de llegar á él. El escogido por el Bienaventurado peregrino francés es de aquellos que ponen espanto en el espíritu, obligándole á remontarse á la redentora y sublime locura de la Cruz.

Benito eligió uno de los géneros de penitencia más violento á todos los instintos de la naturaleza humana. Se hizo por amor de Jesucristo, pobre, más que pobre, mendigo abyecto, contrariando no sólo las necesidades de la carne, hasta un punto que excede la imaginación, sino también, y esto es lo más admirable, las exigencias más elementales de nuestra naturaleza moral. No se contentó con la maceración del cuerpo, sino que buscó con mística delicia el desprecio, la humillación y la afrenta. La cruz que Benito cargó sobre sus hombros causó admiración á la misma Iglesia, que necesitó de aquella penetrante mirada, con que la dotó el Espíritu Santo, para descubrir á través de los andrajos y repugnante laceria del penitente mendigo, una alma de ángel abrasada en los ardores del amor divino.

Benito vivió y murió en los albores de la revolución francesa, cuando las ideas y costumbres corrompidas y corruptoras que originaron aquella salvaje explosión se hallaban en plena eflorescencia. Quizá entró en los misericordiosos designios de la Providencia poner en la balanza de su justicia, como contrapeso del sensualismo pagano que renacía, el austero y viril sacrificio de una vida purificada en el crisol de la penitencia, y en el más completo aniquilamiento de los sentidos.

Las enseñanzas que contiene la vida penitente del Beato Labre, convienen especialmente á este siglo sensual y egoísta, alejado de Jesucristo más bien que por desconocimiento de su divinidad, por el terror que le inspira la Cruz. La que el Bienaventurado siervo de Dios abrazó voluntariamente fué la cruz de la pobreza, de la humillación y del desprecio de sí propio. Este libro servirá de estímulo y de consuelo á los pobres y humildes de corazón, mostrándoles que el camino que siguen es el que guía más derecho al reino de los cielos. Si además halla en sus páginas saludable correctivo alguna de las infinitas almas que hoy gimen amarradas al yugo de los goces sensuales, si consigue atraer á los senderos de la gracia, aunque no sea más que una sola criatura extraviada, será segura señal de que Dios ha bendecido la obra.

C. S. B.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

—Si te vieras siempre con esa máscara, te entraría impaciencia, mi pobre María.

—Pero no respondes á mi pregunta. ¿Estoy muy fea?

Lacuzan la cogió las dos manos, y llevándolas á los labios, las cubrió de besos murmurando:

—Yo te encuentro más bella que un ángel.

María exhaló un suspiro.

—Bien puedo contentarme con eso,—dijo,—pero ¿qué feliz es mi hermana Blanca con no haber tenido la fiebre!... ¿No sabes?—continuó,—la primera vez que ví nuestra casa tan hermosa, tan bien cerrada, la primera vez que ví este terciopelo, y este oro, y todos estos cuadros que no conocía, tuve miedo.

—¡Miedo!—repitió Lacuzan.

—Sí. Cuando uno está enfermo, la cabeza se debilita... yo pensé por un instante que querías hacerme una prision... encantadora...

—Y no te engañabas, alma mía,—dijo Lacuzan, que comprendía todo el peligro de esta conversación.

—¡Ah!—exclamó asombrada la joven condesa.

—No me engañaba?...

—No... pero tu carcelero no soy yo.

—¿Pues quién es?

—La fiebre.

María golpeó con su pié diminuto sobre la alfombra.

—¡Siempre la fiebre!—murmuró.

Y, por la primera vez acaso, dijo para sí:

—¡Se me figura que me ocultan alguna cosa!...

Abrióse una puerta muy despacio. Un rayo de luz más vivo esclareció el gabinete azul. A través de aquella puerta se extendía la vista por una larga serie de habitaciones todas tapizadas de terciopelo y adornadas con verdadera magnificencia.

En verdad, en verdad que más de una mujer dichosa y libre hubiera querido morar en aquella prision.

Al umbral de la puerta apareció una encantadora joven. Era Blanca de Noyal, mil veces más bonita que antes y no mucho más orgullosa.

En estos cinco años había crecido: sus gracias infantiles se habían transformado; pero aún había la misma travesura en su sonrisa, y su mirada no había perdido nada de su encantadora franqueza.

Atravesó la habitación con paso ligero y dió la mano á Lacuzan: después oprimió la de María contra su corazón.

—¡Vamos, vamos!—dijo—¿ya no se come en esta casa? Es ya la hora pasada. Mientras María continúa sin oír la campana á la hora de comer, no creeré que está buena del todo.

Lacuzan cogió á su mujer de la mano, y juntos pasaron á un saloncito muy pequeño, gracioso y elegante como un canastillo de flores. En el medio estaba puesta la mesa con tres cubiertos.

Lacuzan, María y Blanca se sentaron.

Comieron como si nada hubiera pasado. Blanca estuvo mientras la comida alegre y risueña como de ordinario. Y, sea dicho de paso, Blanca era sin disputa la mejor compañía que Lacuzan hubiera podido elegir para la obra admirable de amor que había emprendido.

Desde que Blanca estaba allí, todas las contrariedades desaparecían, todas las dificultades se allanaban. Ya no se notaba aquel vago olorcillo de soledad claustral que á pesar de todo se filtraba de ordinario por entre todas aquellas magnificencias aprisionadas.

Su carácter alegre y comunicativo dominaba hasta á María misma.

Cualquiera hubiera podido asistir á aquella comida sin sospechar siquiera que se encerraba en aquel maravilloso asilo un presente bien triste y un porvenir preñado de amenazas.

Todos parecían dichosos. Lacuzan volvía á su antigua sonrisa. María hablaba de las preciosas fiestas de Rennes, y daba quince días de tréguas á su convalecencia para que la permitiera volver á bailar el primer minué.

(Se continuará.)

(1) San Pablo.

NOVEDADES ARTÍSTICAS

Los trabajos de la gran basílica que la piedad francesa eleva en honor del Sagrado Corazón en las alturas de Montmartre, prosiguen sin desaliento. En el mes de Junio último, los cimientos estaban concluidos y el edificio salía a flor de tierra. En primeros de Agosto ponían la tercera hilada de piedras: hoy ya se adivinan las proporciones asombrosas de la futura iglesia. Acaban de colocar la séptima hilada en toda la extensión de la vasta cripta, que mide 100 metros de alto por 50 de ancho. En la parte central que cae bajo la gran cúpula de la iglesia superior, ha escogido su sepultura monseñor Guibert, actual arzobispo de París; los demás bienhechores tienen también derecho a ser enterrados en la cripta.

Dos grandes escaleras, donde podrán desplegarse cómodamente las procesiones, comunicarán interiormente la parte superior con la inferior de la basílica. La entrada exterior de la cripta, será por un túnel abierto en el montículo de Montmartre por el lado que mira a París. La construcción de las capillas del ábside, como la obra general, adelanta rápidamente. Todos los progresos de la maquinaria se emplean para la más pronta terminación de tan maravilloso edificio.

En la célebre abadía de Westminster, donde están enterrados Shakspeare, Milton, Pitt, Newton, Macanlay, se colocará en breve un monumento conmemorativo en honor del ilustre explorador David Livingstone.

La iglesia de Santa Genoveva en París, donde los revolucionarios de 1793 instalaron el panteón de sus hombres célebres, no fué dedicada al culto hasta 1851. M. Chennéviers trazó el plan de su decoración, que están realizando, en cuanto a los frescos que cubrirán sus paredes, los pintores Puvis de Chavannes y Pablo José Blanc: los del primero, que representan escenas de la vida de Santa Genoveva, están descubiertos: los del segundo, concluidos ya, pero no expuestos al público, son a juicio de los que los han visto, obra correcta y sabia, pero sin estilo propio: el asunto está tomado de la vida de Clodoveo.

Muchas de las esculturas italianas que figuraron en la última Exposición Universal, han sido vendidas en el Hotel Dronot, edificio destinado a las ventas públicas en París. Hé aquí lo que han valido algunas de ellas: dos bustos, *Alegría y Dolor*, de Borghi, vendidos en 1.920 francos. *La revancha del gallo*, de Buzzi Giberti, en 2.000 francos. El

mensajero de Amor, de Spertini, en 3.000 francos. *El primer dolor*, de Vela, en 2.520 francos.

M. Crabbe, de Bruselas, ha pagado 275.000 francos por un cuadro de Meissonnier que representa una parada de coraceros, y figuró en la Exposición de París.

Ha sido contratada la célebre cantante Cristina Nilsson, para trabajar durante los meses de Noviembre y Diciembre de 1879 en el Teatro Real de Madrid, por la respetable cantidad de 320.000 rs.

El ilustre compositor Gounod está escribiendo en Antibes, cerca de Marsella, una nueva ópera que se representará en París la próxima temporada.

En París se está dando el caso de que las dos salas de espectáculo, la Ópera y el Trocadero, construidas expresamente para ejecutar obras musicales, sean muy inferiores al Hipódromo, construido para los ejercicios del circo. Depende esto, según algunos, aunque los resultados acústicos sean casuales, generalmente, de una ley física según la cual, dada una caja armónica aunque sea de cristal como el hipódromo, donde las voces se sitúan en anfiteatro y bajo bóveda de moderada elevación, de modo que esta recoja y envíe el sonido al hemicírculo del auditorio, la sonoridad ganará no sólo en intensidad, sino también en calidad, mucho más si, como sucede en el Hipódromo de París, la caja es ovalada. En la primera fiesta musical celebrada el mes pasado, 400 instrumentistas dirigidos por Gounod, Massenet y Saint-Saens, ejecutaron las mejores obras de estos maestros, produciendo efecto admirable é inesperado.

La colonia española de Nueva-York se propone erigir por suscripción en una de las plazas de aquella ciudad, una estatua a Cervantes, la cual, a juzgar por el modelo aprobado ya, será notable.

La serenata que canta generalmente Almagro en el *Barbero de Sevilla*, de Rossini, con la letra, *Se il mio nome...* no es del maestro de Pésaro. M. Viardot, en una carta dirigida al *Menestrel*, asegura que su autor es el célebre tenor español García, que estrenó en Roma el *Barbero*. M. Viardot oyóla por primera vez en Cádiz en 1823, donde cantaban la ópera de Rossini en español. La serenata decía así:

Si mi nombre tanto os interesa,
Ya mi lábio sencillo lo expresa.
Yo soy Lindoro,
Que fino os adoro, etc.

Viardot la guardó en su cartera, y andando el tiempo, como se la enseñara al célebre Rubini, fué tan de su gusto que la cantó en París, y en cuantas partes representaba el *Barbero*. Así se extendió por Europa, y desde entonces, no deja de cantarla ningún tenor, para no ser menos que el gran Rubini.

M.

POLIGRAFÍA

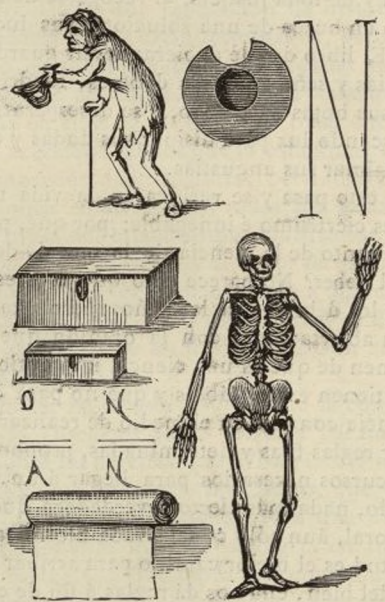
Formar con las 20 letras siguientes, el nombre de una flor, de un ave y de un pez.

P	I	T	O	S
C	H	I	N	A
L	A	D	R	A
N	U	N	L	A

SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO 26

Los monumentos del arte en España, muestran nuestro carácter religioso.

JEROGLÍFICO.



La solución en el próximo número.

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

SECCION DE ANUNCIOS

AGENDA DE BOLSILLO

PARA 1879.

Verdadero inseparable ó libro de memoria para 1879, con el calendario y Guía de Madrid.

PRECIO, DESDE 1 PESETA HASTA 19.

Los libros de memoria no necesitan elogios, pues todo el mundo sabe los grandes servicios que prestan.

DOS REALES EN TODA ESPAÑA

Calendario Americano para 1879, ó sea calendario español hecho en la forma del Americano, con una indicación el primer día de cada mes de los trabajos que deben practicar los jardineros y hortelanos, charadas, adivinanzas, seguidillas, proverbios, refranes, anécdotas, etc. Este calendario, el más popular y útil como indispensable para hacerlo accesible a todas las clases de la sociedad, se ha establecido a un precio baratísimo.

AGENDA DE BUFETE

6 LIBRO DE MEMORIA DIARIA PARA 1879

con noticias, Guía de Madrid y calendario.—Precios, desde 2 pesetas hasta 3.75.
Libro ya demasiado conocido como inseparable a todas las casas sin excepción para insistir más sobre su utilidad.
Se hallarán de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Ballière, plaza de Santa Ana, 10 Madrid, y en todas las de provincias.

LA ILUSTRACION CATOLICA

DIRECTOR, D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale a luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos a la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores a los diarios *La Fe* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel Reñé, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

LA CANTABRIA

POR

D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA

Individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia.

Esta obra notabilísima, celebrada por todos los más doctos críticos de España y del extranjero, se vende al precio de 12 rs. con lámina, y 6 rs. sin ella, en la librería de Murillo, calle de Alcalá, núm. 7.

En la misma librería se vende á 4 reales el folleto *La Cava y Don Rodrigo*, del mismo autor.

OBRAS DE PEREZ VILLAMIL

Para los suscritores de LA ILUSTRACION CATOLICA, el autor ha hecho una rebaja de 25 por 100 en las siguientes:

La Peregrinación Española en Italia, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del Sr. Nocedal. Su precio, 16 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio, 6 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 4.

Los pedidos a esta Administración, calle de la Villa, núm. 4.